

# Ella

Héctor Trejo Chamorro

Profesor de la Maestría en Pedagogía

Ella, Soledad, no pudo superar el dolor que le dejó la muerte de su madre. Sintió que el corazón se fracturaba por pedacitos. Lloró intensamente, con desolación, hasta herir sus sentimientos más profundos. Era imposible quedarse en la casa de la ciudad de Pasto. La mejor decisión era volver al pequeño terruño de sus abuelos en la vereda Bella Vista del municipio de Sandoná. Ese día, el cielo le ayudó con su tristeza, las gotas de lluvia rosaron su piel rumbo a su antigua residencia rural, el paraíso de sus encantos juveniles. En ese lugar el perfume de su madre le daría las últimas imágenes de haber compartido con el ser más querido en el paso por este mundo mortal.

Pensó por instantes que la vida no tenía sentido, pero abrigó una fuerza que le impulsaba a seguir, a no claudicar, a buscar la nueva felicidad a toda costa. No era fácil, nada fácil salir de esa situación de desolación, de ausencia del ser y de significados humanos. Ese día descansó, soñó el recorrido que el bus hacía al municipio de sus abuelos. Soñó también el sendero del campo, el lugar de las labranzas, la tierra seca, árida, derruida por los intensos soles saltarines de las tierras agrestes del sur, de las laderas verdes y los cafetales floridos.

Nunca antes había contemplado los pequeños riachuelos, las cascadas y las grandes montañas de los Andes, sobre todo de las estribaciones del volcán Galeras. Descubrió que el paisaje verde era una forma de volver a vivir, de dejarse encantar, de sentir los aromas y de dibujar nuevos paisajes; de amar profundamente. Sobre todo, de amar, porque solo en la búsqueda de sí mismo, del amor - amor estaba la esencia de las cosas, de las esencias y existencias aristotélicas.

El bus transitaba despacio y la gente murmuraba por el camino, pero no entendía nada. Solo miraba los labios de las personas y la manera de sonreír. Si sonreír era bello, ameno, gratificante en las personas, entonces se dijo que el ser humano cuando tiene un sentimiento de soledad o de dolor no le queda otra cosa que soñar, y el viaje era una larga fantasía.

Por un instante de su sueño, escuchó una voz dulce que le hacía compañía.

Hola. Soy Carlos. –¿viajas a Sandoná?

Por un momento no supo qué decir; pero sus ojos lograron captar un rostro angelical, varonil, de facciones perfectas de un muchacho de unos cuantos años. Tenía un rostro tostado por el sol, acariciado por la luna y perfilado por el tiempo. Era encantador, de labios rosados y una nariz perfilada por la cirugía plástica. Sus cejas profundas y el brillo de sus ojos eran dos pequeñas cascadas que bajaban de las montañas frías de la circunvalar.

—Hola, dijo Soledad. —Sí, voy a Sandoná, a la casa de mis abuelos, en Bella Vista.

—Es un lugar cálido, dijo aquel muchacho.

—Sí, dijo Soledad; es un lugar muy bonito, de muchas flores y naturaleza y de personas encantadoras. Sobre todo, el encanto está en sus cultivos diversos, en las plataneras, en la caña de azúcar, las naranjas y las dulces frutas tropicales. Es un pequeño paraíso; por eso lo llaman Bellavista, el lugar de los encantos, volvió a decir.

El bus avanzó por la carretera y Soledad se fue hechizando con las sonrisas de aquel muchacho; sintió que su corazón se iba sanando y comprendiendo que vendría para ella una nueva vida o algo nuevo. Era extraño cómo todo en el mundo tenía su rareza. Conversaron durante el recorrido, se contaron historias, rieron juntos y por instantes sintieron que estaban hechos el uno para el otro, pero era solo un sueño. Soledad no lograba entenderlo, pero estaba sucediendo. Era un sueño camino del campo, del sendero a Bellavista.

Cuando Soledad llegó a Sandoná, contempló la Basílica Nuestra Señora del Rosario, el parque, los árboles y el olor dulce del clima cálido, de las melcochas de caña, de la panela y del rico café que venden en el parque. Observó a su gente, la ternura de los perritos de la calle, a los vendedores ambulantes. Era su pueblo, era su cielo nuevo, su lugar de viejos tiempos, de los tiempos de la escuela, de los amores juveniles y de tantas cosas románticas que deja la vida rural. De esos tiempos que, solo la inmortalidad sostiene.

Al fin dijo, este será mi nuevo hogar y espero que mi vida junto a mis abuelos y los recuerdos vivos de mi madre, sea el mejor regalo de amor que Dios otorga en este día. Soledad no puede ser un corazón oculto, triste, taciturno. Soledad tiene que ser ella. Tiene que ser la mujer que hace metamorfosis del tiempo, que se vuelve mariposa y que retorna a su origen para salir airosa, como las nubes, como el viento y los bellos recuerdos que permanecen en la memoria larga de la historia de vida.

En su corazón abrigó la idea de volver a encontrar a aquel chico encantador del bus o del sueño; quizá la vida le daba a ella una segunda oportunidad y durante el trayecto la había encontrado, por cierto, en el camino del campo que siempre es celoso y guarda la memoria de las horas transitadas.

